

### Este largo encabalgamiento de olas

Hablaba el otro día con algunas de mis alumnas -y esto no es un recurso- sobre la enorme mentira que el profesor tararea cuando en clase explica historia de la literatura, del arte o del pensamiento en general. Dibujamos cortes rectos y bien precisos sobre los flecos de una tela por necesidad tan deshinchada como el propio pensamiento humano. Junto a la breve lista de nombres que el manual pregona, junto a la decena de características donde se embuten décadas de producción artística y títulos para que el escolar los reproduzca con soltura sobre el folio inquisidor de las pruebas selectivas, sobre todo ello cabalga una falsedad con navaja en la liga que cercena nombres y obras que no encajen en negocios editoriales, concursos literarios o en las prensas prefiguradas de unos determinados grupos de creación.

A esta característica, casi inherente a toda antología, que es lo que el historiador de la literatura realiza en cada página, le acompaña el huracán tecnológico por el que navegamos durante las últimas dos décadas. Estamos asistiendo a una eclosión de escritores como nunca la hubo.

¿Y qué tiene que ver todo esto con mi amigo Ángel Luis Montilla Martos?

Ángel ha sido invisibilizado por aquella característica y esta circunstancia. La obligatoria taxonomía, taxidermia a veces, que crítica, historiadores y antologuistas, realizan lo ha dejado suspenso en un fleco ajeno a grupos y servidumbres poéticas. Por otra parte, el declive de las editoriales margina, en el sentido etimológico, las poéticas que no son consideradas poseedoras de rentabilidad pop up, esto es, a bote pronto. A nadie se puede reprochar que no arriesgue su dinero en un determinado proyecto. Afirmo que por razones de mala estrella y cronológicas, escritoras y escritores como Ángel han quedado en un limbo con severo riesgo de olvido a pesar de una calidad literaria constatable. No es un fenómeno inusual. Fernando Pessoa o John Fante fueron descubiertos para el gran público por las lecturas limpias y sin prejuicios de Roman Jakobson y de Charles Bukowski respectivamente. En este sentido, el Centro Generación del 27 de diputación de Málaga, mediante la atenta mirada de su director, José Antonio Mesa Toré, está realizando una labor de protección de la bibliodiversidad que no compite con la industria privada, sino que completa, dentro de sus posibilidades presupuestarias, esos olvidos de muy diverso origen que las propias dinámicas artísticas y mercantiles generan, repito, de modo casi inevitable.

¿Y quien es el poeta Ángel Luis Montilla Martos?

Ángel escribe desde que era un estudiante de instituto y ya entonces lo hacía muy bien. De hecho, ha podido rescatar para esta publicación una parte de aquellas composiciones iniciales en las que, a pesar de su mucha juventud, ya señalaba ciertos rasgos de estilo en los que ha ido incidiendo a lo largo de su obra, dotada de una poco habitual unidad temática y de recursos. El título de estas obras reunidas constata este viaje que su autor inició en la adolescencia y que ahora ha llegado a un punto muy lejano de su geografía sentimental desde la inmediatez del mundo que lo rodeaba, caladero personal para la captura de imágenes y metáforas. En muy pocos poemarios conviven los jureles con el cerezo japonés, o la siesta con Edipo. Además, a través de esta selección de poemas, me he dado cuenta de que es una persona con grandes fidelidades a sus maestros literarios. Sus influencias, remasterizadas, por usar un término culterano, pueden ser seguidas a lo largo de esta calzada de hemistiquios. Y aquí llega el momento de que el prologuista vaya desvelando los secretos del gran mago poeta.

Ángel comenzó sus aficiones literarias en el entonces Instituto Nacional de Bachillerato Sierra Bermeja en Málaga. La arquitectura de aquella institución, hoy conservada de modo aceptable en su diseño original, concordaba con ciertos conceptos pedagógicos que en aquellos años setenta aventaban una revolución en el mundo de la enseñanza. Aquellas aulas dispuestas como una urbanización de casitas con su entramado de pasillos y una misma altura para casi todos los edificios impulsó una docencia a ras del alumnado donde se potenciaba la figura del maestro guía mejor que la del magister dixit. En lo que a literatura corresponde, profesores como Dámaso Chicharro o Julio Calviño ejercieron un magisterio tan activo y eficaz que sus discípulos no han podido desvincularse nunca de esta extraña querencia por llevar el lenguaje más allá de sus funciones utilitarias. La revista *Tediria*, a pesar de su humildad escolar, influyó sobre una buena parte de los jóvenes que accedían a publicar en ella. De hecho, considero que este libro que Ángel

nos entrega, permite el rastreo de una serie de trucos aprendidos en sus orígenes poéticos y que serán visibles a lo largo de toda esta serie cronológica, no sólo por conceptos que pueden ser más anecdóticos como sus poemas sobre el uno que remiten casi en automático hacia *El Cero y sus múltiples*, de Calvino, sino por un armazón poético mucho más profundo que, incluso, define su estilo como escritor. Explicaban los formalistas rusos que, cuando se pretende estudiar una determinada época literaria, es mucho más interesante usar a los autores de menor calidad porque se hacen patentes las imitaciones de estilos, sin base en una poética desarrollada de un modo calculado y preciso. Uno de los rasgos para identificar un escritor con casta es esa voluntad de estilo que he señalado en Ángel, poeta consciente de su camino, de su paleta de calificativos, de sus reminiscencias y de sus credenciales de literariedad, por seguir con los formalistas que han salido aquí ya más de la cuenta.

Ángel aprendió a mirar desde esos primeros poemas en los que descubrió que el hecho lírico no tiene por qué brotar en elementos ajenos a lo cotidiano, peculiaridad extraña en cualquier adolescente de aquella época que se surtía de un romanticismo con efluvios becquerianos al mínimo ripio que le temblara en el bolígrafo. Pero ya digo que ahí estaban las lijas y pulimentos de sus profesores. Así, a lo largo de estos poemas, el lector puede descubrir que la voz poética se basa en grandes dosis de observación y de capacidad para el relato. Nos cuenta las películas que hemos visto o libros que hemos leído, del mismo modo que describe paisajes de niñez intercambiables para cualquier niñez. Esta poética no brega con las ambiciones de la metafísica porque bastante condena tiene el ser humano con lo físico. Un poema, en las páginas finales de libro, descubre las claves del largo acertijo que el lector va intuyendo a cada verso:

No tengo ningún misterio  
que explicarle a los lectores  
como no sean mis dudas,  
mis penas y mis temores.

Si el poeta buscaba una definición de su tarea no pudo escribir una más concisa y certera. De esta concepción lírica nace un estilo que encuentra el armazón literario en la escena que describe. El poeta observa pero no tensa la metáfora como método de conocimiento de lo incomprensible. La voz poética enfoca mediante sus lentes de signos el mundo que tiene a mano. Leemos a lo largo de este sendero un regusto en la mirada de quien amanece admirado de que el poema sea la pregunta surgida del misterio que se oculte tras la existencia del doméstico plato de boquerones, los últimos descubrimientos de la astronomía, o un amor feliz que evita la producción de poemones como pinceladas de tragedias. Ángel pudo elegir y quiso ser un niño que señala aquello de lo que está aprendiendo. Igual da moldearlo en un haiku emitido desde Kioto o unas coplas mecanografiadas desde el Monte Coronado en su Málaga más cañí.

Debía de ser el año 1986 o así (dios, hace ya un siglo), cuando Miguel Romero Esteo se subió a mi lado en el autobús entre Teatinos y la Alameda. No me conocía. Nunca tuve el honor de ser su alumno, aunque sí era un lector por su obra cautivado. Me presenté. Era becario de investigación en el departamento de Filología Hispánica de la UMA donde Miguel se econtraba conmigo cada día. Ya conocía yo la poca atención que mostraba ante cualquier entorno que no le interesase. Juro que no recuerdo cómo en breves minutos me estaba dando una conferencia sobre los motivos poéticos de Lope de Vega (acabo de escribir por errata freudiana *de Verga*), y allí vociferaba Miguel sobre el arrepentimiento del pecado que Lope no podía evitar cometer a diario, como génesis del poema. Se exaltó con el argumento de que tenía que entramos esa interpretación en la cabeza a los aprendices de filólogo. Había que descubrir los motivos poéticos tras la apariencia del verso. Los pasajeros nos miraban. Miguel había montado un happening gratuito. Casi al final del trayecto vociferó: “¡El único que se entera es Ángel!” Y me golpeó la frente antes de bajar enfadado del autobús.

Ya digo que Ángel es muy fiel a sus maestros. La Facultad de Málaga estaba orientada gracias a los esfuerzos de Cristóbal Cuevas y José Lara Garrido, junto con los más jóvenes Enrique Baena o A. Gómez Yebra, hacia una enseñanza de la literatura que profundizaba en la comprensión de las poéticas clásicas. Junto a esta iluminación de las letras áureas, era posible recalar en otros

mares muy lejanos a través de rutas trazadas por Miguel Romero Esteo o Manuel Crespillo. Buen conocimiento del metro y de la retórica clásica, las ensoñaciones de Bachelard -exprimido por el doctor Crespillo en sus clases- junto con el concepto de juego y manipulación de fonética y semántica como barro sobre el que labrar el texto literario, son tres piezas que confirmaron a Ángel en aquellas vías de trabajo que ya se encontraban enraizadas en sus composiciones tempranas. Tanto es así que la misma voz poética reconoce este viaje que al final sigue sus propias huellas, en un tono más de Juan de Mairena que de Juan Ramón:

Quién me lo iba a decir,  
que acabara yo escribiendo  
como empieza el aprendiz.

De hecho, una de las características de este libro es que se nos entrega bajo un orden cronológico y, claro está, muy seleccionados los primeros poemas, pero es una obra susceptible de aparecer bajo diferentes índices porque el trabajo de Ángel presenta una cohesión que se ha visto poco modificada por el tiempo, incluso aunque arribe a una poética más cercana a la elegancia y sobriedad propias del arte suntuario japonés. No cesa en ningún momento el juego con la palabra, ni cesa la escena captada como fotografía que aviva en el lector la imaginación igual que aquellos cuentos infantiles. Busca la reproducción de esta tragicomedia que a cada momento se representa en nuestro entorno y en la que desempeñamos un papel tan involuntario como el que yo exhibí para todos los viajeros de un autobús, cierto atardecer de invierno cuando tuve el honor de ser golpeado por uno de los grandes genios de la literatura actual. Entre una palmera bajo el sol y un cerezo del que se desprenden las hojas como regalo del cielo, la poética de Ángel sólo ha ido testificando este encabalgamiento de las olas para el que no tiene respuestas precisas.

Mi admiración por Ángel nació cuando comprendí que cultivaba una difícil actitud de *underground* de mesa camilla. Ángel nunca se ha dedicado a la vida pública, es un escritor de biblioteca prolija que prefirió desde muy joven la luz del flexo a los efluvios del neón. Podría haber frecuentado mil escenarios porque no le faltan dotes musicales ni histriónicas, pero como dijo Antonio Machado (tenía que salir varias veces aquí) de Henri Bergson, “ha hallado el libre albedrío dentro de su mechinal”.

Con la publicación de este libro, el Centro Generación del 27 de Málaga rescata una obra que ha pasado desapercibida por los factores que arriba expuse y que merece ser difundida gracias a su calidad. Ojalá, alguna alumna o alumno de Ángel, profesor de lenguas vivas, siga la senda que él aceptó de sus maestros, insignes para muchos de nosotros, en deuda permanente con ellos. Yo espero que Ángel me permita tocar mi bajo Fender junto a él en alguna ocasión. Siempre me fío de estos sabios que conocen el valor del silencio, y procuro estar cerca por si acertara a recoger alguna migaja de su ciencia.

José Luis González Vera